

Invisiblemente, Flora  
 Con las delicias de Tempe  
 Livianos sueños madruga  
 En los lilios que amanece.  
 Mas, cuando pasas brillante,  
 Gustoso el margen florece,  
 Con quien las pías de Juno  
 Y la aritmética pierden.  
 Que ni el bárbaro tarahe,  
 Ni la del cierzo juguete  
 Rosa, pueden enjugar  
 La Libia de tus torrentes.  
 La trinante Filomela  
 En tu gloria desvanece  
 Cadencias, que á tus Euripes  
 Dulces les afecta redes.  
 No porque agosten las aves  
 La esperanza de sus mieses,  
 Escampa sus lluvias de oro  
 El guardajoyas de Ceres.

No puedo salir de la largueza de este señor. Tres veces fué favorecido de la Majestad de Felipo Tercero, dejándose convidar de su magnificencia, en que gastó prodigiosamente. Cuando se casó, que fué su Majestad padrino y llevó á la Condesa de la mano; cuando bautizó al Conde de Niebla, que fué su compadre; en las galeras en Valencia (éste fué célebre), sólo para postres, atravesó un navío de aceitunas. Presentóle muchos esclavos (sin los veinte y cuatro de la galeota), y armas de ataujía de oro. Otras á su suegro, con muchos regalos, y á todos los señores de la Corte. También á su Majestad (que Dios guarde) y á su corte regaló tres días en el Bosque de Doña Ana. Porque el Duque siempre fué el mismo que oído; el mismo ayer que hoy. Siendo alimentado, le pidió un señor en Madrid le feriasse una casa que le había costado treinta mil ducados para un criado suyo; ofreciósele sin interés alguno, diciendo: «No he deseado sea mejor hasta ahora.»

Siendo Conde, supo que una señora monja, que le había regalado en la Corte, había muerto con deuda de novecientos ducados; pagólos por ella, diciendo: «A tal torno, tal retorno.»

Al Conde de Saltés dió veinte mil ducados, y dos mil á la Condesa para sus arras.

A la excelentísima señora Duquesa su mujer hizo gracia cada año de tres mil ducados para alfileres, y tres mil para la obra de la Merced, que importan cincuenta y cuatro mil ducados.

En la fábrica del convento y ornamentos de la Merced de Huelva gastó treinta y dos mil ducados, sin sesenta fanegas de trigo que les da á los frailes todos los años.

En la fábrica del convento y ornamentos de la Merced de Sanlúcar gastó ochenta y cuatro mil ducados, sin las limosnas que le hace cada año.

En la iglesia de Nuestra Señora de la Caridad, capellanes, sacristía y colegio, música y hospital de enfermas, ha gastado, en diez años que ha que heredó, ochenta y ocho mil y quinientos ducados.

En las esequias de su padre, quince mil ducados.

En las limosnas que ha hecho á diferentes iglesias y personas ha gastado en estos diez años noventa y seis mil y cuatrocientos y veinte y cuatro ducados.

Las limosnas que ha dado en las almadrabas han importado once mil y docientos y ocho ducados.

A diferentes personas ha dado de gracia ó limosna siete mil docientas y cuarenta y dos fanegas de trigo y trecientas de cebada, que, reducidas á la tasa, hacen doce mil y noventa y seis ducados.

A diferentes señores y caballeros ha socorrido con diez y siete mil ducados.

Derribó y maltrató un huracán más de docientas casas en Sanlúcar; reedificólas, mejoradas, á su costa. ¡Gran limosna! Y demás desto repartió por mi mano á aquellos pobres dueños seiscientos ducados en trigo y reales de á ocho.

Heredó de su hermana la señora doña Francisca cuatro mil ducados; erigió luego dos capellanías en la Caridad diciendo: «Vaya la lumbre delante; que si aguardo á la muerte, bien creo no han de hallar en mi poder cuatro reales.»

Dejó el Duque Cardenal mandado en su testamento le pagasen cuatro mil ducados que le había prestado para las galeras de Dénia. Mandó no se tratase de eso. Y diciéndole uno: «¿Quién lo ha de agradecer á V. Excelencia?» Respondió: «Basta que yo lo sepa y me lo agradezca.»

Diciéndole que había alguna plata en su Capilla de la Caridad que no servía, y que vendiéndola se podían comprar otras cosas, dijo: «Esas yo las daré, y dejen la plata, que, al fin, sirve de renovar la buena memoria de mi padre.»

En las prevenciones que hizo el año de 1619 para la venida del Rey á la Andalucía gastó noventa mil ducados, sin lograrlos.

Al señor don Juan Claros, su hermano, ofreció graciosamente nueve mil y trescientos ducados, y demás de éstos le da en Flandes dos mil reales cada mes, que hasta hoy hacen quince mil ducados.

Hizo gracia al señor Arzobispo su hermano de dos mil ducados de renta, por ser su caudal muy corto para lo mucho que merece, sin seis mil y seiscientos y sesenta que hasta hoy ha importado el regalo de su casa.

La dispensa del señor Conde de Niebla le costó doce mil ducados, y las joyas ocho mil, demás de los catorce mil que le da cada año.

Al señor Marqués de Villamanrique, á cuenta de ochenta mil ducados, le dió cuarenta mil, sin ocho mil de joyas y otras cosas.

Los presentes de caballos á su Majestad (que Dios guarde) importaron ciento y veinte cuatro mil ducados.

Las demostraciones del Bosque en servicio de su Majestad, y joyas que le ofreció y á los señores, importaron ciento y cuatro mil ducados.

Demás desto, ofreció graciosamente á su Majestad setenta mil ducados.

Los caballos, mulas, hacas y esclavos que ha presentado á diferentes personas, han importado en estos diez años veinte y tres mil y docientos y catorce ducados.

A la Caridad dió un monumento de seiscientos ducados de va-

lor. A la Iglesia Mayor, una arca de plata y lámpara para el sagrario y cortinas bordadas, una tapicería, una cama de brocado y un dosel de dos mil ducados. Y al Santísimo Sacramento de Cónil, seiscientos y ochenta y siete ducados.

En el Jardín y galerías gastó treinta mil ducados.

En los socorros de gente que ha enviado á Larache y Mamora (en armas y vestidos) gastó diez mil ducados.

En salarios de criados, ciento y noventa y ocho mil.

A los señores sus hermanos (de cosas que compró en la disposición) pagó ochenta y dos mil ducados.

Las prevenciones de los baluartes, castillo y torres este año de 1625 le han costado catorce mil ducados, sin lo que está ahora actualmente gastando en los socorros de la guerra de Cádiz, y creo será mucho, por ser mucha la provisión y municiones que envía á la ciudad y al ejército. Sé decir que la noche que llegó el enemigo gastó setecientos ducados en correos. Estos prodigiosos gastos, los de su cámara y otros que no me ocurren, la carestía general del presente siglo, ni la grande necesidad en que su Excelencia se halla, han podido amainar las velas de su liberalidad, que, mientras no se descartare de aquella grandiosidad de su corazón, siempre se hallará en el empeño que ahora. Y es la razón que, como la Fortuna puso á su mano los dones, viendo que los reparte con tanta providencia, que le niegan á ella los himnos de su culto (que son quejas), juzgóse por mal aconsejada, y volviéndole las espaldas, dijo: «No podemos vivir juntos, porque yo no tengo amistad con la magnificencia, sino con la bajeza, en quien reconozco pedazos míos.»

Es tanto el celo deste gran señor, que en persona ronda de noche la Ciudad; y, concurriendo en Sanlúcar tantas gentes, á las nueve no parece un hombre, y es el lugar más quieto de Andalucía. Que el primer móvil arrebató todas las esferas, y la flaqueza del caballo se atribuye al caballero, como el desconcierto del reloj al relojero.

Aunque un príncipe más desenlace luces de su claro ingenio, no puede alumbrarlo todo. Grandes negocios piden socorros gran-

des. No hay mejor instrumento para el buen imperio que buenos ministros. Ser éstos de poca suerte muestra no ser el príncipe magnánimo, y al contrario; que mejor se gobierna donde el príncipe es malo que donde lo son ellos. Los del Duque me sacarán en paz desta proposición. Porque ¿quién no admira en el licenciado Abreu de Soria, presidente del Consejo, lo importante y memorioso? ¿Del licenciado don Juan de Liébana, caballero del hábito de Santiago, oidor, el consejo y gobierno? ¿Del licenciado Pedro Cristóbal Ortiz, oidor, lo docto y suave? ¿Del licenciado don Juan de Montesdoca, oidor, lo ejercitado y sustancial? ¿Del licenciado Enríquez lo prudente y vigilante? ¿De don Diego de Ormazá, caballero de Santiago, mayordomo mayor, lo infatigable y generoso? ¿De don Melchor de Herrera, caballero mayor, lo asistente y lustroso? ¿De don Alonso de Guzmán, caballero del hábito de Santiago, camarero mayor, lo gallardo y noble? ¿De Pedro de Vallejo Cabañas lo capaz y obediente? ¿De don Diego de Aldana y Cueva lo cuidadoso y atento? ¿De don Juan de Olivares lo advertido y puntual? ¿De don Miguel Páez de la Cadena Ponce de León lo entendido y despejado? ¿De don Fernando de la Oliva, veedor, lo acertado y magnífico? ¿De don Lorenzo de Ávila, contador mayor, lo cuidadoso y lucido? ¿Del alcaide Alonso Cortés lo religioso y manso? ¿De don Francisco de Olivares lo venerable y pío? ¿De don Juan de Amaya lo sazonado y grave? ¿De don Rodrigo Galeoto lo experimentado y práctico? ¿Del doctor Herrera lo magistral y superior? ¿De don Álvaro de Zurita lo reposado y afable? ¿De don Luis del Castillo lo honoroso y cortés? ¿De su sobrino don Luis del Castillo lo apacible y bizarro? ¿Del capitán Miguel Pérez lo agradable y buena razón? ¿Del capitán Arauz lo ostentativo y cumplido? ¿De don Gonzalo de Herrera lo esmerado y galán? ¿De Agustín Maldonado lo capaz y discreto? ¿De don Juan de Montemayor lo fino y solícito? ¿De... Mas ¿adónde voy, si las nobles prendas de cualquiera de los demás caballeros, criados y ministros son dignas de la alabanza de todos, y cualquiera, desempeño de su elección?

De sentencia de Séneca tiene primer lugar la dádiva que busca

á la ocasión; que sale al camino; que no se calienta en la palma; que nace de mano floja, que la deja dulce para volver á dar; porque mucho pierde la que duda. Y es precio, no largueza, la que cuesta esperar. Y (como quiere Quintiliano) la primera pierde quien otra no acrecienta. Circunstancias que califican la generosidad del Duque, porque (ocasionado de sí mismo) descubrió su cuidado el gusto de rey en la ginetá y caza, divertimento real de más graves ocupaciones. Y hallándose á la sazón con un caballo, el mejor y primero animal que ha servido á los hombres, único en ambas facultades, nombre español, tan acabado, que cuanto le daban los ojos pagaba en admiraciones, tuvo por agravio de su condición no servirle con él, por ser todo su gusto y estimación, pareciéndole que en su poder no tenía más del nombre, como caballo de ajedrez. Era castaño oscuro, descansado de paso, ajustado de rienda para el monte; calzaba en pies y manos cuatro vientos. Lo que quería alcanzar era juzgado por muerto; engaño de los ojos, porque no corría ni volaba, sino era disparado de lombarda; y tan obediente y ajustado, que el freno era ociosidad y la espuela demasía. Acompañóle de otro castaño claro, instante en la carrera y siglo en la admiración; de otro rucio, ruedas negras y prolijo caballo, agravio manifiesto de cuanto corre y vuela y licencia del encarecimiento; todos con mantas de terciopelo verde, guarnecidas y bordadas de oro con las armas reales. Y (como dice el Toscano, «al Dante no faltó consonante») envió con ellos cuatro escopetas y dos ballestas con carcajes y flechas, cuajado todo de oro, de que también eran los clavos de las fundas y cajas, sobre terciopelo carmesí, con que pudieran amansarse la curiosidad y la malicia, si bien poco valor (diez y seis mil ducados) para la condición del Duque, mas de mucho por el gusto y estima del caballo, tal, que sobró á la pasión por crédito de su liberalidad y deseo.

Llegó con este presente á Madrid un gentil hombre de la cámara de su Excelencia. Recibióle su Majestad con extraordinarias demostraciones de contento, porque se acreditó el caballo en el alto precio en que le había puesto su fama y en el que el Duque le estimaba. Premio de voluntad tan bien sacrificada, ser tan bien reci-

bida. Con mayores experiencias, crecieron los favores que su Majestad hizo á su caballo y agradecimientos al Duque. Que quien da su gusto, ni puede más hacer, ni tiene más que dar.

Ofrecióse en este tiempo la venida del Príncipe de Gales. Y como la grande sed no se olvida, y fuego que no está apagado con poco viento se enciende, pareció al Duque festejarle, así por la obligación de su casa, como por la necesidad de su condición; así por el gusto del Rey, como por la reputación del Reino; que su celo y atención á su real servicio es sobre todo decir.

Trazó luego una máquina digna de su pensamiento (que la perdiz y la ocasión han de ser calientes), y, por cuanto no podía faltar á las costas andaluces, por el concurso de enemigos (que lo mismo es ausentarse el capitán de la milicia que el cuerpo del alma, y no basta para defensa la espada en arca), quiso asistir á la corte, si no con su persona, con la grandeza de su magnificencia; que el sol alumbra de lejos, y para obrar en la tierra no se arranca de su orbe. Y (lo que es mucho de ponderar) no á costa de su estado, sino de su hacienda. Y mientras con una mano despachaba dichosamente con tanta presteza, ahorro, secreto y felicidad la armada de Tomás de la Rasprú, gloria de nuestra nación, con la otra dió á Madrid el más célebre espectáculo que admiró Roma en sus mayores triunfos; tal, que sólo faltó llegar á su ánimo, imitando á la eliotropio, que siempre sigue al sol, sin mudarse de un lugar. Tomó, pues, ejemplo de los caballos (que se incitan en la carrera) para corresponder al gusto que el Rey había mostrado con los primeros, con que pagó las esperanzas de su casa, no de su persona, si bien mudó las chinas al más ligero salto.

Después de muchas fiestas con que el Rey celebró la venida del Príncipe, se publicaron unas solemnísimas, en que su Majestad y el señor infante Carlos jugaban cañas, y así se persuadió era el más sazonado presente ayudarles con jaeces y caballos, si muy difícil, así por la falta general que dellos había como porque los pocos que se podían haber los recogían los señores que eran de fiestas con toda diligencia y costa. Circunstancia muy considerable y menos advertida de quien no fuere práctico en conocer el excesivo

gasto y trabajosa diligencia que costó juntarlos. Mas, reforzándose el Duque con la dificultad (que ésta nace la estima), buscó y halló todos los imposibles. Repartió muchos criados por todo el reino de Granada y Andalucía, sin perdonar costa ni fatiga, y (valiéndose también de sus amigos) vino á juntar veinticuatro, cualquiera dellos digno de semejante empleo.

Adornó los diez y ocho de otros tantos jaeces, y seis de aderezos de monte; y, pareciendo no haber ya que añadir de ostentación y lucimiento, lo halló su generosa curiosidad; que del propio corazón se huye en vano.

Juntó veinticuatro esclavos de buenos talles, para que los entrasen de diestro, vestidos de riquísima librea. Y para que los caballos llegasen con el decoro y autoridad debida á los ojos reales (en ocasión que concurrían los mejores de España é Inglaterra), hizo bordar de oro, en otros tantos telices de terciopelo azul (color suya), las armas del Rey. ¡Curiosidad magnífica! Mas agravio invidioso, de los riquísimos jaeces. Parece que el Duque competía consigo mismo, y que se interponía á sus acciones, si no fué advertencia de no enojar al sol con tantos soles, que no podía dejar de pararse, como aficionado á caballos, con deseo de trocallos por los suyos.

Los aderezos de monte fueron cuidado de la excelentísima Duquesa (milagro de entendimiento), donde el arte y la admiración hallaron su propia esfera, y con quien corriera riesgo la alabanza, á no ser la mayor lisonja mayor verdad.

La ejecución de los telices fió el Duque, y no se engañó, del buen gusto de su excelentísima hermana la princesa de Mérito, en que se mostraron muy hermanos, ella en ingenio, y él en magnificencia.

Previno de picadores, herradores y los demás oficiales necesarios, cometiéndolo todo á la buena razón de don Pedro Maldonado, caballero muy lucido de los de su casa. Partieron de Sanlúcar. Reparáronse en Córdoba. Salieron en público (acompañado don Pedro, que los seguía, de muchos caballeros). Alborotóse y concurrió toda la ciudad, como á solemnidad festiva, por ver ac-

ción tan real. Dejola pagada en altos pensamientos, si embarazada de admiración. Partieron de Córdoba y llegaron á Getafe, dos leguas de Madrid, donde Pedro Vallejo Cabañas, secretario de su Majestad (que en aquella Corte hace sus negocios), tenía prevenido caballerizas y todo lo necesario, tal, que con pocos días de regalo, se rehicieron del camino, tan lucidos como antes. Desde aquí pasaron á las caballerizas del Duque de Alba, en Madrid, donde los favoreció el señor Conde de Olivares y (encargado de su lucimiento) dispuso, como tan deudo y amigo del Duque, el orden que luego diré, y calles por donde habían de entrar, que fueron las siguientes: Del Duque de Alba, espaldas de la Merced, de Relatores, de Atocha, Placeta del Angel, calle de las Carretas, Puerta del Sol, calle Mayor, Librería, Santiago, á Palacio. Por todas ellas se alquilaron muchas ventanas para gozar de tan hermosa representación.

Miércoles víspera de san Lorenzo amanecieron en uno infinitos días (día que mereció siglos), porque, habiendo prevenido la Fama acción del Duque, se revolvió, no sólo la inquieta si agradable borrasca plebeya, rebelde á los bastones del despejo, sino también inundación y piélagos de coches. Ocupó ventanas toda la gerarquía divina de humanos ángeles, cuyo deseo y curiosidad halló bien en qué llenar las manos, y no se repararon poco los caballos para verlos, y la riqueza de los jaeces. Y (lo que es digno de ponderación) que, hallándose, al pasar, en Consejo los de Indias y Guerra, dejaron su conferencia y vinieron á gozar de la procesión, volviendo después á su negocio, acreditando con este cuidado la curiosidad de los demás.

Pusiéronse á las ventanas sus Majestades, Príncipe de Gales, Infantes y Princesa, con todos los señores y damas de la Casa Real, y (siguiendo el orden que había dado el señor Conde de Olivares) se comenzó la representación en esta manera:

Siendo necesarios alientos de metal para tanta Fama, entraron los trompetas, previniendo á la atención y despertando á la invidia (mas donde no hay competencia, vuélvase á dormir), vestidos de terciopelo azul celeste, famosa librea, largueada de pasamanos

de oro y plata, sombreros con plumas y cascos de la color, banderas de las trompetas de damasco azul, bordadas de oro las armas del Duque y orla del Tusón. Los caballos, cada uno con su jaez y teliz; los esclavos que los llevaban de diestro, vestidos de librea de finísimo paño azul, cuajados de pasamanos de plata y rosa seca, con muchos alamares de lo mismo.

El primer caballo, llamado *Guzmán*, entró dando á la curiosidad cuanto aguardaba el deseo. Piel azul, largo cabello, airosa pisa, lozano y talantoso. Aderezo de ámbar, bordado de boscajes verdes, guarnición, estribos y lo demás, de plata, como se supone en todos los demás, excepto los de oro, como advertiremos.

2. *El Africano*, con quien cojea su padre el viento Zéfiro, era cerúleo claro, valiente huello, poderosos tercios, altivo, descansado. Aderezo de ámbar, bordado de verde y plata y lantejuela de oro.

3. *Monterrey* entró como agradecido, y granjeando gloria al que lo enviaba, y hurtando á los dos primeros el aplauso y la memoria; rucio claro, cabos negros, aderezo bordado de oro y plata y color de rosa. Tiranizó el honor de cien veranos.

4. *El Noble*. Decía su nombre su dueño. Trasladó [á] los semblantes su alegría, satisfaciendo las diligencias mudas de los ojos. Lindo pico; airoso despejo. No se vió en tanta cólera tanta cordura. Rucio columbino. Aderezo de ámbar, con trofeos de guerra, bordados de plata sobre naranjado.

5. *Lunares*, cuanto más suspendía la vista, más licencia daba á la lengua. El cuidado de las almas pasó á los ojos. Rucio melado, paso seguro, airoso y desenvuelto, gracioso pico, ojos alegres, torrente de cabello. Aderezo de monte, plata sobre ámbar, en color columbí.

6. *El Leonado*. Desafía á cuanto vuela. Lucido animal, instinto medio humano, agravio de la competencia. Alazán tostado. Hermano de *Bucarillo*, gran privado del Rey. Aderezo de arabescos azules, oro sobre ámhar.

7. *Azebedo* entró hundiendo la tierra, no sé si con el peso del oro, si con la ufanía de los ojos, que cegaba. Alazán claro, erguido

y descocado. Valiente y seguro, favorecido de su Majestad. Jaz carmesí bordado de giraspes de oro; chapas, clavos y estribos y lo demás, de plata.

8. *Torbellino* dió mucho que hacer á la admiración y al deleite. Azul subido, copioso cabello, de esbelto dibujo, airoso hue- llo. Llega antes que los ojos al extremo, sin pasar por medio. Jaz de grutescos verdes, plata y oro.

9. Tras *el Torbellino* entró *el Relámpago*. Mejor le diré trueno. Mejor le diré rayo. Era rucio rodado; como de cuerpo, de ánimo valiente; parte con la saeta y llega primero: el partir y el llegar es una cosa; con eso, es la misma seguridad. Aguarda sosegado la escopeta. Jaz de plata. Mochila de terciopelo rosado, con roleos bordados de plata y oro; donde parece que nació el Abril para irse al prado.

10. *Pie de plata*. Ley de los ojos, término del deseo. Escusa á la mano el gobernallo; brilla si pasea, y vuela si corre. Piel que parece azul y es cielo sembrado de estrellas. Jaz de terciopelo negro, bordado de relievos de oro.

11. *El Gamo*. Su alabanza suspendió su maravilla. Alazán melado. Majestuoso bulto. Levanta gracioso. En la carrera limita al cierzo. Jaz naranjado; en poco espacio, mucho Potosí.

12. *El Tigre*. Flor de lino. Muestra en la carrera que los vientos se pueden reducir á freno. Cuando corre, dudarás si por tierra, si por viento. Pasea galante, es ardiente y cuerdo. Jaz, esca- mas de oro sobre azul marino, controversia de la arte y del precio.

13. *El Determinado*. Castaño oscuro; monte animado, deu- dor de todos los ojos y aficiones. Extremo en todo y partes. Tas- cando el freno de oro hace que se oiga lejos; menuda pisa, atre- vido y obediente, ondoso cabello, mochila de oro amarilla, quizá de miedo de la invidia y la cudicia.

14. *El Pavón*, pía de Juno, crédito de Guadalete. Su alabanza fué tan bien merecida como pagada. Cerúleo subido. Grande, au- torizado, seguro y brioso; lindos pies y manos. Huello galante. Fué mandado hacer para correr lanzas. Jaz de terciopelo azul, bor- dado de plata. Más desperdicio que riqueza.

15. *El Fuerte*. Dice y hace; más admira mientras más mira- do. Paga en hermosura cuanto le dan los ojos, no hartos de mi- rar, aunque cansados. Rucio tostado. Fuera único en correr parejas, si hubiera con quién. Cabello espeso selvoso. Jaz de ter- ciopelo verde bordado de plata. Importuno, de rico.

16. *Pasamuros*. Presumido y lozano, noble y alindado, para quien freno y rienda es demasia. Galán en el torno, hermoso de pico, poblado de cabello, modelo de Fidias. Jaz de terciopelo ne- gro bordado de oro, que hurtó al sol mucha esfera.

17. *El Mayorazgo*, que fuera muy rico á poderse vincular. Rodado turqués, desenvuelto y muy reducido; gran bulto; pies y manos de oro; ajustado de rienda; airosa cimbría de cuello. Jaz carmesí con soles de oro: dolor de los ojos, á no temparlos la nube del teliz.

18. *El Noble*. Conformo con el nombre la condición. Alteró la atención con el mormollo. El pelo, rucio claro, presumía y porfiaba con el oro del jaz que (sobre terciopelo azul) se esfor- zaba á salir con la suya. Caballo de honra, revuelto, infatigable, de poderoso bulto, hecho para la adarga.

19. *Pedernal*: quizá por ser cárcel de las llamas y respirar alientos de Vulcano. De infatigable brío y aliento. Castaño bruno; huello gallardo; desmiente la ira en lozanía, inundado de torren- tes de cabello. Jaz de plata; mochila de oro; cuanto busca la ad- vertencia hallan los ojos en él. Tempestad de perlas; confusión advertida.

20 (1). *El Bizarro*. Quita pesares; borra las huellas de los pri- meros, y aun presume contra su memoria. Castaño; corre como el viento, pára como tahir y levanta como señor. En torno y pico pudiera ser monja. Jaz encarnado, tan sobrado de oro, que templa su estimación.

21. *El Pensamiento*, y pensamiento bueno, hijo ardiente del fecundo Favonio; llamó á todos los ojos para alimento de su cu- riosidad. Blanco mosqueado, tan radiante en el pelo como en la

(1) En la edición original, por errata, 28.

plata del jaez, que, sobre terciopelo negro, bordaba tallos y chorcholas. No se vió en la carrera cosa tan parecida á su nombre.

22. *El Bobo*. Rémora de los ojos y meta del deseo. Rucio rodado. Debe á la Corte cuanto celebró en los demás. Caballo de toros, de aparatosa presencia y curiosa gala. Pequeña cabeza, alto cuello, corto vientre, lomo llano, crin espesa. Jaez de plata, mochila de oro, vencido de la armonía del bordado.

23. *Guzmán*. Hace volver atrás la vista que va delante, atraída con hermosura y riqueza, enseñándola á ser capaz de oro animado. Rodado rucio, con quien naturaleza no tuvo más que hacer, y quebró luego los moldes. Es único en ambas sillas; pareciera soberbia su fogoso aliento, si no lo desmentiera prompta obediencia y la nobleza de su natural. Merece muy bien el jaez que le oprime, todo de oro, esmaltada la chapería (que no hay honra sin peso); mochila de terciopelo carmesí y oro, sembrada de óvalos de oro, escondido en perlas. Cabezadas, pretal, encaladas, ahogadero, simientales, estribos y acicates todo de oro; reata de seda carmesí y oro, de inestimable precio. Pase; que sus rayos, sin ley, niegan ser mirados con más atención.

24. *Austria*. Último, y primero en el mundo; contera de oro, paga todo el aplauso que arrebató el encarecimiento, hallando en él cuanto pretende la curiosidad. Castaño claro, poderosos tercios, ojos vivos, agraciado pico, abundante cabello, aire bizarro, talantoso huella, fervoroso aliento, atrevido, obediente, majestuoso, y real. Jaez de oro, chapería y mochila con todo el aderezo de diez mil ducados de peso y seis mil de artificio, con quien puede hacer alto el más templado decir.

Tras estas veinticuatro Famas que pasaron á caballo (cualquiera dellas semejante á todas en publicar grandezas del Gran Duque, sólo desiguales en pretender agravios de las otras), iban los oficiales de la librea del Duque, picadores y herradores, á caballo, muy adelante; luego, don Pedro Maldonado, representando bien el papel de criado de tan gran señor, vestido de tela azul, alcarchofas y florones de primavera, cintillo de diamantes, cadena de oro, portamantas y cojinete de terciopelo azul; criados á pie,

con la librea del Duque; luego, grande acompañamiento de señores y caballeros: el señor don Juan Claros, muy hermano del Duque; el Conde [de] Cantillana, amigo y aficionado, el Marqués del Carpio, el Duque de Maqueda, don Diego Pimentel, don Melchor de Borja, don Fernando de Guzmán (todos como deudos, y Pedro de Vallejo como criado), iban á caballo, autorizando la solemnidad de la fiesta.

Aplaudió á todo su Majestad con notable aceptación y agrado, y para considerarlo con más atención, mandó pasar los caballos al Parque, adonde bajó acompañado del Príncipe de Gales, sus Altezas, el Conde de Olivares y todos los caballeros de la Cámara, así españoles como ingleses, la Reina, Princesa y damas.

Llegó don Juan Claros, con carta del Duque, á ofrecerle en aquel servicio su voluntad. Honróle mucho, con gran demostración de cariño, como obligado á quien tan bien la merecía. Tocaban al señor Conde, como caballero, los telices, jaeces y esclavos; y alimentando la liberalidad de su primo, los presentó á su Majestad, que, para gozarlos de propósito, mandó descubrirlos y pasear todos los caballos, y hacer mal á algunos, cuyas habilidades se encargó el señor Conde de referir, como tan interesado en esta acción y [que] tan bien siente de las del Duque, cuya amistad mostró en no embarazarse con tantas ocupaciones, para tenerlas muy bien entendidas. Ordenó que D. Pedro Maldonado llegase á besar la mano á su Majestad y al Príncipe, que le honraron mucho.

Quedaron pasmados los extranjeros, y de alentar (si es posible) se olvidaron, admirando la riqueza de España, grandeza y ánimo del Duque, y valor de Corona que tiene tan rica piedra preciosa. Los naturales, ufanos, viendo acreditada su nación, y que no había qué fiscalizar al ánimo, ni qué añadir al poder. Que éste se califica más con una cosa excelente que con muchas mediocres. Momo, que siempre está á la sombra de las cosas grandes, y muerde la fruta más alta y sazónada, y no hay falta que perdone, estaba á un rincón, anudados los labios, viendo que si el don pequeño á tiempo se engrandece, éste, tan grande y en tan buena coyuntura, á pesar de la dificultad, excedía la hipérbole del enca-

recimiento. Y así, no se atrevía á hacerle guerra, por no perecer en ella.

El tumulto plebeyo, más enemigo que amigo del poderoso, apagaba el incendio con alquitrán (concordando voces contrarias), hacía dulce armonía, y (tan lejos de lisonjas como de oirlas el Duque) se desataba en sus alabanzas ciertas, por ser de enemigos, diciendo con su voz antigua: «¡Viva el Duque de Medina, que puede cuanto quiere, y quiere cuanto puede! ¡Bien empleado en sólo el Rey de España!»

Harto ha dado en qué entender una revuelta y quistión que de aquí se ha levantado entre la bondad del Duque, la discreción, el valor y la magnificencia, tal, que necesita que su misma fortaleza meta el bastón y pacifique esta brega; y en tanto, es fuerza se derramen sus honores, como hacienda de muchos.

Es la honra (dijo Cicerón, *Pro Caelio*) premio de la virtud. Ésta crece con la alabanza, como planta con el riego, y así, no se le da al Duque, sino se le paga.

#### AL GRAN DUQUE

Si, Neptuno, das ley á su elemento  
Y, fuego claro, cuanto vives obras,  
Si en fama pagas y en espanto cobras,  
Mientras tiembla la tierra con tu aliento,  
Si en frenos veinticuatro atas al viento,  
Y á la fortuna das cuanto te sobras,  
Si, más que en sí, es España por tus obras,  
Tan sólo faltas de encarecimiento,  
Usurpen, sol, por tarja tus calderas,  
Y al timbre sierpe añádase un caballo  
Que las estrellas pazca al de Perseo.  
Que mientras en él luces las esferas,  
Venero Rey en cuanto Duque veo,  
Y deidad en el Rey, con rey vasallo.

El año de 624, á cinco de Febrero, tuvo aviso su Excelencia que su Majestad bajaba á visitar las costas de Andalucía, y orden para que no saliese de sus estados y moderase en ellos las demostraciones que presumía de su voluntad. Mas como este gran Señor

nunca fué diferente de sí, y luego acude la mano adonde duele, sabiendo que el Rey había de venir á cazar al Bosque de Doñana, mandó fabricar en su desierto una ciudad, digno hospedaje de aquella Majestad y Corte. Grandeza mientras más vista menos creída, porque contra el aliento de su obediencia conspiró el tiempo con tan pertinaz porfía, que escondió en agua los caminos. Parecían los montes mares, y los mares montes. Embargó las distancias. Enloqueció al Oceano. Hundió barcos y navíos, con que ató las manos á la misma diligencia, para conducir materiales de tan estupenda fábrica. Mas el ánimo del Duque, que no había menester otra cosa que dificultades, allanó cuanto impedían los plazos, las distancias y los elementos. Conquistó imposibles, pasando en infinitos barcos, en carretas de bueyes y en caballos (la mayor parte del camino á nado: ¡Costoso trabajo! ¡Trabajosa costa!) cuanto fué menester para poner miedo á las gran[des] ciudades, de ser sobrepujadas, y con quien todo lo demás corrió peligro de ser menos. De lo costoso se pasó la admiración á lo breve; de la presteza, á la abundancia; de la abundancia, al desperdicio; pues no hubo otra desorden sino sobrar todo. No pareció llevado, sino nacido. El desierto se halló ciudad; la ciudad, cielo, con que no quedó qué lograr á los ojos ni qué pedir á los deseos. Duró el enfado del tiempo lo que bastó á mostrar el grandioso ánimo del Duque. Con todo eso, no subió por tan llano á lo sublime. Mayores dificultades venció. Que (como el gusto sea en esta vida un principio del mal que se apresura, y la vida tela tejida de hilos contrarios) á los diez de Febrero amaneció tullido, sin movimiento en la pierna izquierda. Que no hay grandeza que escuse de las miserias de hombre. Y también los príncipes beben lágrimas y escupen sangre, aunque en bacía de oro. ¡Dichoso dolor, sin el cual quedara el mundo huérfano del sagrado ejemplo de su paciencia! También en las desdichas hay ventura. Creció la tempestad. El Rey venía apriesa; el tiempo era corto; el Duque estaba con pocos dineros y con muchos dolores; el Marqués su hijo, el Conde y la Duquesa, con poca salud. Don Melchor de Herrera, caballero mayor, enfermo de gota. Llegó también la nueva de la pérdida del pleito de